

## EL ADOLESCENTE PELAYO Y SU CIRCUNSTANCIA

Una antigua y constante tradición popular hace que la parroquia de San Juan de Alveos, inmediata al río Miño, en el ayuntamiento de Crecente (Pontevedra) fuese el lugar de nacimiento de este santo en el s. X, donde todavía se conservan los restos de un antiguo monasterio de monjas benedictinas erigido sobre los terrenos de su hacienda. Educado en Tuy por su tío, el obispo Hermoigio, que rigió la sede tudense desde el año 915 hasta el 926, además de la cultura, recibió los sólidos fundamentos de la fe cristiana que siempre profesó.

Acompañando al rey de León, Ordoño II, en la batalla de Valdejunquera-Navarra, entre Estella y Pamplona, acaecida en el verano del 920, el obispo Hermoigio fue apresado por el emir Abd-al Rahman III, llevándolo como rehén a su capital, Córdoba, en cuyas mazmorras permaneció. Después de tres años de padecimientos, fue liberado, quedando en garantía a su vez, como rehén, su sobrino Pelayo, de trece años.

Fruto de esta prisión y posterior martirio del santo niño, debió de ser la renuncia de su tío Hermoigio al obispado tudense y su posterior retiro al monasterio, por él fundado, en Albrugía, Portugal. De la vida de Pelayo en estas prisiones del palacio de Abd-al Rahman III se conoce el relato, prácticamente contemporáneo, de su pasión, realizado por el presbítero cordobés Raguel. Su tenacidad en la fe cristiana, que le permitió afrontar las penalidades e infortunios de la prisión, además de los deshonestos deseos del propio Califa, enamorado de la hermosura del joven Pelayo, junto con las tentadoras promesas de riquezas y honores si renunciaba a la fe cristiana de sus mayores, hicieron de Pelayo paladín del cristianismo. Tras sus reiteradas negativas a los deseos del Califa, sufrió un largo y terrible martirio, siendo finalmente despedazado y sus restos lanzados a las orillas del Guadalquivir el 26 de junio del año 925. Sus restos fueron recogidos piadosamente por los cristianos de Córdoba y enterrados en el cementerio de San Ginés y su cabeza en el de San Cipriano, siendo considerado mártir por la fe y la pureza.



El impresionante relato de Raguel sobre su pasión y martirio recorre prontamente el mundo cristiano, al mismo tiempo que se difunde también su culto. Numerosas iglesias y monasterios fueron erigidas bajo la advocación del santo niño, entre ellas más de cincuenta en el territorio galaico-portugués. En el 967 los restos mortales de san Pelayo fueron entregados por Alhaquén II, sucesor de Abd-al Rahamán III, al rey Ramiro III y trasladados a León para ser depositados en el monasterio dedicado al santo, fundado por su antecesor, el rey Don Sancho. En tiempos del rey Vermudo II (984-999) y con motivo de las invasiones sarracenas de Almanzor, para su mayor seguridad se traslada su cuerpo a Oviedo, siendo finalmente depositado en el monasterio de las

monjas benedictinas de san Pelayo de aquella ciudad. Hoy en día se veneran en una artística arqueta de plata en la referida iglesia monástica de San Pelayo. Un hueso de uno de sus brazos se venera desde antiguo en el monasterio de monjas benedictinas de San Paio de Antealtares, de Santiago de Compostela. En 1925, con motivo de la conmemoración del milenario de su martirio, tras grandes festejos en la ciudad de Tuy, las monjas de Oviedo concedieron una reliquia de un hueso de la canilla a la Catedral tudense, la cual se venera en su relicario. Dentro de los mismos festejos de la conmemoración del milenario se colocó una placa de mármol en la fachada románica de la iglesia parroquial de Alveos y, en 1996, una reliquia venerada en Tuy fue trasladada a esta misma parroquia y otra al seminario menor tudense, que figura bajo la misma advocación del santo.



Urna con las reliquias del Santo (Benedictinas de Oviedo)

(Texto de F. Iglesias Almeida)

**HIMNO** 1. Oh Dios, que eres el premio, la corona y la suerte de todos tus soldados, líbranos de los lazos de las culpas por este mártir a quien hoy cantamos.

2. Él conoció la hiel que está escondida en la miel de los goces de este suelo, y, por no haber cedido a sus encantos, está gozando los del cielo eterno.

3. Él afrontó con ánimo seguro lo que sufrió con varonil coraje, y consiguió los celestiales dones al derramar por ti su noble sangre.

4. Oh piadosísimo Señor de todo, te suplicamos con humilde ruego que, en el día del triunfo de este mártir,

perdones los pecados de tus siervos.

5. Gloria eterna al divino Jesucristo, que nació de una Virgen impecable, y gloria eterna al Santo Paracleto, y gloria eterna al sempiterno Padre. Amén.

**ORACIÓN** Señor, Padre nuestro, que prometiste a los limpios de corazón la recompensa de ver tu rostro, concédenos tu gracia y tu fuerza para que, a ejemplo de san Pelayo, mártir, antepongamos tu amor a las seducciones del mundo y guardemos el corazón limpio de todo pecado. Por nuestro Señor Jesucristo.